

COINCIDENCIAS Y DIVERGENCIAS EN TORNO AL TRABAJO “HABILITACIÓN, POBREZA Y POLÍTICA SOCIAL”*

Alberto Etchegaray

En estas páginas se destaca, por un lado, el amplio grado de coincidencia entre las conclusiones de la investigación “Habilitación, pobreza y política social” (coordinada por Ignacio Irrarrázaval) y los planteamientos del Consejo Nacional para la Superación de la Pobreza. En particular, se señala que ambos concuerdan en la necesidad de subrayar la capacidad de los pobres para mejorar su situación a través de sus propias acciones. Asimismo, se advierte que la investigación dirigida por Ignacio Irrarrázaval pone en cuestión la idea de una supuesta dependencia de los pobres chilenos respecto de los programas asistenciales.

Por otro lado, el autor expresa su preocupación por el uso de las palabras “habilitación” e “inhabilitación”, por cuanto esta última conlleva una fuerte y delicada carga valórica. Una segunda observa-

ALBERTO ETCHEGARAY. Presidente del Consejo Nacional para la Superación de la Pobreza y director de diversas fundaciones orientadas al desarrollo social. Ex Ministro de Vivienda y Urbanismo (1990-1994).

* Transcripción del comentario al trabajo de Ignacio Irrarrázaval, “Habilitación, pobreza y política social”, presentado en Seminario que se efectuó el 30 de abril de 1995 en el Centro de Estudios Públicos. Véanse en este mismo número el texto completo del trabajo de I. Irrarrázaval, así como el trabajo de Pablo Jordán “Descentralización y habilitación”, realizados ambos en el marco del proyecto de investigación “Descentralización, Desarrollo Social y Pobreza”.

ción se refiere al rol del Estado y las causas estructurales de la pobreza. Finalmente, se señala el riesgo que entraña el poner un acento demasiado fuerte en los aspectos individuales para superar la pobreza, en desmedro de las acciones colectivas y, principalmente, las acciones solidarias que constituyen un verdadero "activo" de los pobres para mejorar su condición y vivir con dignidad.

I

Mi exposición apunta en primer lugar a valorizar el trabajo realizado en la investigación coordinada por Ignacio Irrarrázaval, "Habilitación, pobreza y política social". Después de leer el estudio detenidamente, no puedo sino decir que se trata de un gran aporte a la comprensión de la pobreza. Este trabajo es un esfuerzo serio por tratar de demostrar a través de un estudio científico riguroso algo que mucha gente ha vivido y ha comprobado en su vida cotidiana. Pienso que Benito Baranda, vicepresidente del Consejo para la Superación de la Pobreza, que está aquí, que ha trabajado años con personas en situación de pobreza y vive en La Pintana, se debe sentir muy interpretado de que científicamente se demuestre lo que él ha constatado en la realidad, desde hace por lo menos 20 años: que las personas pobres son capaces, que despliegan gran capacidad y esfuerzo individual y colectivo para salir adelante. Pero ocurre que nuestra sociedad es a veces un poco escéptica frente a los testimonios personales o los mensajes que aparecen como prédica ética y necesita de este tipo de respaldos institucionales. El esfuerzo individual, el afán de los pobres por superarse es algo que se constata día a día y no hay posibilidad de superar la pobreza sin considerar ese aspecto como fundamental. Este trabajo lo reafirma.

En segundo lugar, pienso que son muy importantes las pistas que el trabajo aporta para reorientar las acciones dirigidas a la pobreza. Me refiero a la necesidad de incorporar en el diseño de las políticas sociales lo que el texto denomina la "habilitación" y que el trabajo social y la educación popular han conceptualizado como el desarrollo de las propias capacidades de la gente.

En tercer lugar, desmitifica ciertas creencias y algunas afirmaciones bastante comunes en nuestro medio. La supuesta dependencia de los pobres chilenos de los programas asistenciales ha quedado muy cuestionada: las evidencias que presenta el estudio indican que los programas sociales constituyen para los pobres sólo alternativas de apoyo económico, es decir, no basan su sobrevivencia en ellos.

El estudio también ofrece posibilidades de diálogo y encuentro entre sectores que trabajan con los pobres y que comparten esta perspectiva. Permite aprovechar experiencias en esta línea como, por ejemplo, todo lo que fue el trabajo solidario desarrollado por la Iglesia Católica, así como por muchas ONG, fundaciones, corporaciones y acciones privadas de larga data. Aquí hay un aspecto trascendental: el cambio social, que fue siempre materia de conflicto, impensable sin él, nace hoy como un imperativo del consenso. Durante este siglo, todo cambio social ha sido planteado siempre como resultado de un conflicto de intereses entre grupos y personas, y además muy mediatizado por las ideologías. Resulta que la gran novedad de fines de siglo es que esto es posible hacerlo sin que ese conflicto se presente, aprovechando tanto las potencialidades que están en aquellos que tienen carencias como los afanes que mueven a personas e instituciones que tienen como norte la filantropía y la valoración de lo ético, a lo que se agrega un Estado que entiende que su principal función es su eficiencia en lo social, y se readecua de acuerdo a ello. Nuestras potencialidades como país se basan en que estamos todos de acuerdo en la economía social de mercado, en los consensos políticos y en el crecimiento económico.

Es evidente que el rol futuro del Estado, además de velar por las relaciones externas y la seguridad nacional, consistirá en regular y focalizar, es decir, en cumplir bien su función social. Al Estado se le va a justificar y se le va a tener creciente respeto en la sociedad, en la medida que regule bien las acciones entre los privados y enfrente aquello que el mundo privado no puede hacer por sí solo. Acción que, como resguardo fundamental del bien común, justifica su existencia.

II

Mi segundo grupo de reflexiones tiene que ver con la gran cercanía de los planteamientos de este estudio con lo que el Consejo Nacional para la Superación de la Pobreza, que presido, y muchos de cuyos miembros están aquí presentes han reflexionado en estos últimos diez meses.

En primer lugar, insisto en el reconocimiento de la capacidad y esfuerzo de las personas que viven en situación de pobreza para mejorar su condición. En nuestro documento base se dice que el mundo de los pobres no es sólo de carencias:

En el mundo de los pobres existen enormes potencialidades, incluso por ellos mismos negadas y a veces rechazadas por la sociedad

global. La supervivencia en medio de condiciones de pobreza muy duras es posible gracias al desarrollo de un conjunto de valores y acciones entre los que destaca en forma preferente la *solidaridad*. Las *experiencias de autoayuda*, de las que está llena la historia del país y en especial la historia reciente, son la base para una comprensión global del mundo de los pobres. Una concepción de la pobreza que no vea los aspectos positivos, enriquecedores para el conjunto de la sociedad que hay en los pobres, atentará contra su *dignidad*.¹

En el estudio que comentamos, hay un trasfondo de un gran respeto por ellos, de un tomarlos en cuenta, de un saber qué piensan. Dice “buscamos y tratamos de aproximarnos para saber qué quieren, qué sienten, cómo viven y cómo afrontan su situación”.

La mayor queja que plantean los pobres cuando uno se reúne con ellos es que nadie tiene tiempo para escucharlos. Cada persona que se les acerca lo hace con su propia idea y trata de imponerla porque cree que es la solución adecuada, ya que para eso ha estudiado y tiene conocimientos para resolver los problemas. En la mayoría de los casos, los pobres por sí solos tienen suficientemente clara la solución. Ahí es donde sentimos que es muy importante insistir en que los pobres, en muchas de sus consideraciones y acepciones no son pobres sino que son muy ricos. Son personas con carencias, eso sí, pero “la carencia de bienes, la falta de recursos, no implica ausencia de proyectos de vida, de cultura, de decencia, de moral, más aún, muchas veces los fortalece”.²

Pero ellos tienen una percepción de que la sociedad los estigmatiza. Por ejemplo, ir a La Pintana y reunirse con los pobladores es fuerte. Dicen que por vivir en La Pintana no les otorgan crédito en los locales comerciales, y por ello se ven en la necesidad de dar otra dirección. Creo que ninguno de los que estamos en este lugar damos una dirección falsa, ellos lo hacen. Ellos tienen la sensación de que los medios de comunicación, por ejemplo, exacerbaban las situaciones negativas que allí suceden.

Otro aspecto en el que hay una gran identidad entre este estudio y los planteamientos del Consejo Nacional de Superación de la Pobreza es el rechazo al asistencialismo. Justamente los antecedentes de las políticas sociales norteamericanas indican que éste no conduce a superar la pobreza. Por definición, la limosna, la dádiva, no provoca la iniciación de un proceso interno en las personas que les permita superar su situación. Puede permitir que una familia o una persona, en forma individual, quede por encima del

¹ Consejo Nacional para la Superación de la Pobreza, documento “Mundo de los Pobres”, agosto 1994, p. 3.

² *Ibíd.*, p. 3.

umbral en la medición de la pobreza, pero no permitirá crear fuerzas propias capaces y autosustentarse en el tiempo.

También me parece que hay plena identidad con el Consejo en el reconocimiento de las dimensiones psicosocial, cultural y espiritual presentes en la superación de la pobreza. Esto es enormemente importante porque si reducimos la pobreza solamente a un aspecto de indicadores, los económicos y de ingresos, estamos haciendo una reducción del desafío que es enormemente dañina para todos.

La pobreza se supera “cuando un grupo social inicia con éxito, y paso seguro, un proceso de transformaciones internas que le posibilita incorporarse a la sociedad y a su proyecto. El umbral de la pobreza visto desde esta definición humanista y comprensiva se ubica, en un ámbito de la cultura, en el espacio de la esperanza. Es la capacidad de iniciar procesos acumulativos económicos y, sobre todo, educacionales, culturales y espirituales”.³

III

Habiendo destacado los aspectos que valorizo del trabajo, me parece también honesto mencionar aquello que me preocupa.

Me preocupa un asunto que podría parecer menor, pero que mi experiencia personal me obliga a plantearlo. Tiene que ver con la semántica, con la terminología: hablar de “más pobres habilitados” y “pobres menos habilitados”. Hay aquí una carga valórica, en términos de la inhabilidad de las personas, que tiene consecuencias delicadas. Pido encontrar términos menos drásticos. Nos pasó a nosotros cuando tratamos el tema de los grupos vulnerables. En nuestro Consejo hay una pobladora, la señora Sara Vásquez, que dijo: “Bueno, yo no me siento vulnerable, si ustedes me van a decir que por ser mujer y vivir en Cerro Navia soy vulnerable, capaz que me lo crea. Eso es un mal negocio para el país y para todos, porque si me siento vulnerable, entonces empiezo a ponerme en una posición de espera total”.

Las otras observaciones son más de fondo.

Me parece importante plantear el tema de las causas estructurales. Si asumo lo que señalé anteriormente, en el sentido de que hoy día los procesos de cambio social son resultado de consensos respecto de su necesidad, no hay que tenerle miedo a abordar el tema de las causas estructurales de la

³ *Ibíd.*, p. 6.

pobreza, y aprovechar la posibilidad de tratarlo sin la carga de conflictividad que lo ha caracterizado hasta ahora.

Hay algunas estructuras de la sociedad que tienen que ver con el Estado, que tienen que ver con la relación entre las personas, que tienen que ver con la forma en que la sociedad estructurada funciona y que hay que cambiar porque inciden en la pobreza. El Estado, para poder cumplir el rol de garante de la equidad, tiene que modernizarse, tiene que descentralizarse y requiere herramientas que le permitan ser eficiente en el ejercicio de ese rol. El Estado tiene que hacer un esfuerzo por modernizarse, no para tener un número menor de personas y con una cantidad menor de poder. Todo lo contrario. Tiene que ser el Estado potente para que, repito, regule bien y para que desarrolle bien la función social que le corresponde. Hay un cambio estructural necesario en la acción del Estado que tiene que ver con la regionalización, la municipalización y el desarrollo local.

Asimismo, hay estructuras que tienen que ver con la forma como se producen las relaciones en el mundo del trabajo —las relaciones laborales—, las que precisan ser modificadas si se quiere enfrentar seriamente la superación de la pobreza. Lo mismo que la distribución del ingreso y la estructura tributaria. A la vez, plantearse cómo usar mejor los tributos para ofrecer posibilidades de surgir a los más pobres. Abordar, al mismo tiempo, el tema de la formación profesional, y eso también es estructural. Incorporar la “variable social o sentido de responsabilidad social” en los estudios técnicos y universitarios puede disminuir la desigual distribución de la “inteligencia”, factor que tiene una incidencia significativa en las posibilidades de desarrollo de comunas y localidades pobres.

La última observación se refiere a los riesgos de poner un acento demasiado fuerte en lo “individual”. Evidentemente, sin el esfuerzo individual de las propias personas que viven en situación de pobreza, no es posible que salgan de su condición, pero debemos tener presente que uno de los problemas de nuestra sociedad hoy día es el marcado “individualismo”. En este contexto, la propuesta de este estudio de “reconocer y premiar el esfuerzo individual” en las acciones contra la pobreza puede ser leída bajo esa óptica con consecuencias que estimo negativas. Nuestra historia está llena de ejemplos de esfuerzos colectivos de los pobres por salir adelante: desde las ollas comunes en la época del salitre a los comités de allegados y los programas de autoconstrucción. Tienen como ventaja, por sobre la estrategia individual, el crear lazos, sentimientos de pertenencia e identidad, generar conductas solidarias. La solidaridad es un “activo” entre los pobres: a pesar de sus condiciones precarias de vida, nace casi espontáneamente el deseo de ayudar, de compartir, de empatizar con otros que están en una

situación igual o peor, y los resultados se multiplican cuando hay propósitos compartidos y acciones conjuntas. La solidaridad que se produce entre miembros de una familia amplia, la red de relaciones entre las familias, constituye un aspecto central de la capacidad de sobrevivir y de vivir con dignidad.

Creo que las experiencias de solidaridad que encontramos en el mundo de los pobres nos muestran que es posible sentirnos co-responsables del bien común, es decir, del bien de todos y cada uno. Por ello pienso que debemos incorporar también en el diseño de las políticas sociales y acciones contra la pobreza, elementos que permitan fortalecer y potenciar este "activo" que aporta, sin duda, a la construcción de un país de calidad diferente.